



LA HUELLA DEL APEGO

El otro día un alumno y una alumna conversaban en voz alta, manteniendo mi presencia en suspenso, como si yo no estuviera. Esto me hace sentir bien, porque me dicen, sin palabras, que se sienten en un entorno seguro. Recordaban a una profe y relataban cómo la ambivalencia entre los gritos y la suavidad les hacía pisar un suelo enfangado.

Esta experiencia me hizo pensar en el apego. Pareciera que es algo que se construye dentro del ámbito únicamente familiar. Yo creo que aprendemos a vincularnos con todas las personas con las que tenemos la vivencia de la relación. No sólo aprendemos el vínculo en casa.

Cuando el apego es inseguro o ambivalente, la huella es compleja. Engancha como una máquina tragaperras a la que sigues echando monedas porque en cualquier momento viene el premio. Porque no sabes cómo ni cuándo va a reaccionar con una respuesta afín a tu deseo. En nuestra manera de entretajernos con las demás personas también hay ciertos mimbres que funcionan así.

Pareciera que es peor relacionarnos con alguien que muestra severidad o adustez en las formas. Ciertamente, la huella de la austeridad en el amor no es baladí. La frialdad o dureza en el vínculo es muy dolorosa, pero, por otro lado, nos permite anticipar y también medir o alejarnos en un momento dado. Pensemos en lo que nos pasa con las personas cortantes, en nuestras relaciones, más allá de la familia.

Ya lo dijo Bowlby, cada uno de los tipos de apego no seguro genera un tipo de herida. Pero hoy me paro en la ambivalencia porque por ahí me llevaron las palabras de mis alumnos y alumnas. Si aprendemos el amor como algo inesperado, buscaremos esa respuesta de forma dependiente.

El amor no puede ser intermitente y confuso. Ciertamente, no podemos reconstruir los pedazos diseminados del ser, en las casas de nuestro alumnado, pero sí podemos ser referentes seguros. Podemos poner en primer plano la vulnerabilidad de la infancia y dialogar con ella. Sin paternalismos y con mucha consciencia de a quién tenemos delante. Podemos dar, desde ahí, lo que nos hubiera gustado recibir de nuestros profes cuando nuestros pies deambulaban en la escuela aprendiendo la vida. Cuando todo estaba por hacer. Cuando aún nuestro cuerpo no tenía necesidad de cauterizar ninguna herida.

La escuela es, ante todo, compensadora de desigualdades. De todo tipo, pero emocionales, también.

Mar Celadas